

La claqué vive

Víctor Pliego

EL TENOR recibió una inmensa ovación al terminar la primera parte, pero no volvió a aparecer en la segunda. Suspendió el recital por indisposición. De hecho, cantó la mitad del programa con suma tirantez, con voz forzada, sin gracia ni arte, leyendo dificultosamente las partituras, porque además no se sabía el repertorio de memoria. Supuestamente, este artista de moda era un gran especialista en ópera, triunfador en los grandes escenarios del mundo y protagonista de un par de discos exitosos. Pero lo que pude oír fue completamente decepcionante. Los aplausos y ovaciones me parecieron injustificados. La cancelación del resto del concierto confirmó mi apreciación de que algo estaba fallando. Pero lo más extraño es que, si no el resto del público, al menos la mayoría, pareció disfrutar mucho con la torpe actuación. El respetable suele ser en Madrid más contenido que efusivo, aunque siempre espontáneo y de natural sapiencia. Al salir tropecé con los cartelones que inusualmente decoraban la entrada, publicitando la última grabación del cantante; incluso anunciaban que el artista firmaría discos al final de la función en una tienda aneja a la que nadie se acercó. La actuación había estado precedida de bastante propaganda, con entrevistas y reseñas en medios especializados. Evidentemente, el recital estaba concebido dentro de una campaña orquestada por la casa de discos. Cada día es más habitual que, también en el género clásico, como ya es norma con la música popular, los conciertos se conviertan en actos para la promoción de algún lanzamiento discográfico. En otras épocas, los empresarios pagaban a una claqué, a un grupo de colaboradores infiltrados entre el público para aplaudir a rabiar al representado y subir su caché. Hoy emplean estrategias más complejas.